

LA AUTOBIOGRAFÍA, ¿GÉNERO FEMENINO?

María-Milagros Rivera Garretas
Universitat de Barcelona

Pienso que se puede decir que la autobiografía es, históricamente, un género literario más de mujeres que de hombres. No lo digo cuantitativamente, no lo digo porque vaya a aportar una estadística que lo cuente así y yo le dé a esa estadística valor demostrativo. No; pienso que el género autobiográfico es más de mujeres que de hombres en términos de sentido, de significado. De sentido común, incluso: es un lugar común que las mujeres, cuando escriben, especialmente cuando escriben narrativa, tienden a hablar de sí, tienden a hablar en primer lugar de sí mismas. Tienden, incluso, tendemos -dicen- a hacer todo el rato algo que se suele llamar “contar su vida”.

Este “contar su vida” tiene, en la crítica literaria corriente, poco valor: es incluso un juicio despectivo, un juicio que suele inquietarle a una escritora cuando lo recibe. A pesar de lo cual, autoras de todos los tiempos han tendido y tienden también hoy a seguir contando su vida cuando escriben. Imperturbables: como si el juicio negativo les afectara, sí, pero no del todo. Como si una parte de ellas, su escritura femenina, en realidad, quedara inmune, intocable: se situara en un lugar más allá, más allá, no en contra, del juicio negativo de la crítica, inalcanzable por él. Una genia del siglo XX, Virginia Woolf, escribió en uno de sus libros, el titulado *Momentos de ser*, que ella era siempre el tema, la sustancia de su escritura. Otra genia de la literatura contemporánea, Gertrude Stein, se tomó la libertad de escribir la autobiografía de su pareja: el libro lo tituló *The Autobiography of Alice Toklas*.

Que las autoras sigan escribiendo autobiografía a pesar de los juicios negativos de la crítica es una paradoja. La paradoja la confirma y la agranda lo que se suele llamar la respuesta de la lectora. Las mujeres somos grandes lectoras de autobiografía y, también, de biografía. Es decir, le reconocemos autoridad a estos géneros literarios, géneros que son casi solo uno. Yo, por ejemplo, soy relectora habitual del *Libro de la vida* de Teresa de Jesús. Y, si tuviera que escoger entre las muchas y muy buenas obras de Doris Lessing, a la que leo desde hace muchos años, escogería sus dos tomos autobiográficos: *Under my Skin* y *Walking in the Shade*.

Las mujeres somos también grandes lectoras, somos incluso las lectoras, de un género literario muy despreciado, un género que también trata de la vida: las revistas del corazón. Un género vergonzante, pues pocas mujeres reconocen que les atraiga, que les interese. Pero aun así, vergonzante y semioculto, es un género que se vende, se lee, se expone en primera fila en los quioscos, se exporta. Como se lee, como leen más hombres que mujeres en este caso, no sé si vergonzantemente o no, la literatura pornográfica.

Autobiografía, biografía y revistas del corazón son géneros literarios estrechamente apegados a la experiencia viviente. Son géneros que dicen, que ponen en palabras, que significan, la experiencia viviente. Es decir, que ordenan, que van ordenando un ámbito históricamente más de mujeres que de hombres, un mundo en constante movimiento, el mundo de las “perturbadoras apariencias”, que se suele significar con la

metáfora del corazón. Un ámbito de lo humano que otras historiadoras del Centro Duoda, de la Universidad de Barcelona, y yo hemos llamado "prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana".

¿Por qué me atrae, por qué me gusta, la autobiografía? ¿Por qué, en realidad, y pido disculpas por hablar de mí, yo -que soy, por azar pero necesariamente, una mujer- escribo, intento escribir, "ensayo autobiográfico", ensayo que procuro que no esté huérfano de autora?

No por "subjetivismo", que diría quizá algún crítico. No por solipsismo o narcisismo; sino porque la autobiografía es -pienso- una práctica de significación de la diferencia de ser mujer. No tiene que serlo sino que lo ha sido, lo es, históricamente. Es decir, no hay géneros literarios femeninos y géneros literarios masculinos. Lo que hay son géneros históricamente más de mujeres que de hombres, y al revés. Porque la libertad existe en el orden simbólico; existe, en realidad, especialmente o solo en el orden simbólico.

¿Cómo significa la autobiografía la diferencia de ser mujer? ¿Cómo la significan la biografía, las revistas del corazón, el "ensayo autobiográfico"?

Al escribir autobiografía, al leer obras autobiográficas, se vibra. Se vibra como vibran un instrumento musical y quien lo toca o escucha: es decir, mutuamente, recíprocamente, como las "Reinas mutuas" del poema 642 de Emily Dickinson. No se vibra porque la escritura, el relato, sea ni subjetivo ni objetivo. Se vibra porque se produce el fenómeno llamado empatía.

En 1916, la filósofa de lengua alemana Edith Stein escribió su tesis doctoral sobre la empatía. Define en ella la empatía como "experiencia de la conciencia ajena; experiencia vivida no-originaria que manifiesta una originaria": "Viviendo en la alegría del otro, yo no experimento una alegría originaria, esta no surge viva en mí Yo ni tiene tampoco el carácter de haber-estado-viva-antes, como la alegría recordada -prosigue- [...]; el otro sujeto es originario aunque yo no lo viva como originario, la alegría que mana en él es originaria aunque yo no la viva como originaria. En mi vivencia no-originaria me siento, igualmente, acompañado por una vivencia originaria que yo no vivo y que, sin embargo, existe y se manifiesta en mi vivencia no-originaria" (1980: 10 y 14)¹.

La empatía es, pues, un fenómeno que acompaña las relaciones humanas. Que sea un fenómeno más de mujeres que de hombres lo sabe la gente y lo demuestra la historia larga y terrible de la caza de brujas.

Por eso la empatía, como las revistas del corazón, como el "contar su vida", tienen algo de vergonzante en el conocimiento ordinario, racionalista. No porque el conocimiento ordinario y su crítica estén equivocados sino porque no comprenden la diferencia de ser mujer; ni pretenden, en realidad, comprenderla: el conocimiento corriente y su crítica son fruto, un gran fruto muchas veces, de un mundo, el de la ciencia moderna y contemporánea, que ha sido acertadamente definido como "un mundo sin mujeres".

La vibración, la empatía, se sitúan, en cambio, en un lugar más allá; más allá, insisto, no en contra, del conocimiento corriente y de su crítica. Más allá del solipsismo o el narcisismo, más allá de lo subjetivo y lo objetivo, más allá, por tanto, del pensamiento binario. Por eso las autoras, algunas autoras, aunque les moleste que les digan que se limitan a contar su vida, siguen escribiendo autobiografía.

¿Qué hay en este lugar más allá? Precisamente -pienso- lo que ahí hay, lo que les lleva a algunas, bastantes o muchas mujeres a preservarlo con amor a pesar de la crítica, es la posibilidad de significar la diferencia sexual: la diferencia de ser mujer, en este caso.

¹ Cito de la traducción italiana.

Significar, hacer orden simbólico, o sea decir, poner en palabras, lo no dicho, lo inaudito: lo divino que cada criatura humana que nace aporta en su singularidad. La puesta en palabras confirma la existencia de la diferencia de ser mujer; el reconocerla leyendo la autobiografía de otra confirma el propio infinito.

Esta posibilidad no se manifiesta ni siempre ni necesariamente en la autobiografía. Se manifiesta en algunas autobiografías; en las autobiografías que hacen escritura femenina: en las que hacen vibrar, en las que autora y lectora se significan mutuamente en el tiempo; o sea, dicen y leen lo experimentado pero todavía no oído: hacen, "reinas mutuas", epifanía de la realidad.

En la autobiografía que es escritura femenina circula, por tanto, autoridad. En ella, una autora dice su trascendencia y la lectora, el lector, la reconoce reconociéndose: se vibra mutuamente en el tiempo, en la contingencia, sin pretensiones de absoluto ni de universalidad. El vibrar, la empatía, puede, después, ser simpatía o antipatía: en el amor correspondido, en el amor divino, es un vibrar en estado puro.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

STEIN, Edith (1916). *Sobre el problema de la empatía*. trad. de Alberto Pérez Monroy. México: Universidad Iberoamericana, 1995. Trad. italiana, Milán: Franco Angeli, 1980.